

cio dejado por el bohemio «bardo» era justamente la guitarra, que había quedado empeñada en una taberna.

Las juergas del desaparecido hacían prever tempestad a su regreso. Aunque el patrón fuera de índole benévola, el mismo «bardo» había de imaginar que la prolongada e injustificada ausencia lo pondría otra vez en riesgo de sufrir «vergajazos». Así que, al regresar, el culpable se hace acompañar de la intercesión de amigos, confesando humildemente los deslices y suplicando el perdón.

La táctica, al menos en un primer momento, se muestra insuficiente para aplacar la cólera del amo. La mañana en que vuelve el «bardo» empieza con tamaño alarido que don Juan se despierta asustado. Se levanta y presencia una escena inolvidable. Él la describe con minuciosidad, no sin antes advertir una vez más que la descripción presta rasgos de comicidad fantástica a un episodio real: «Me levanté y vestí apresurado y subí a ver lo que era; y, por fortuna mía, llegué a tiempo de ver la más extraordinaria escena que pueda imaginar el más fecundo y chistoso ingenio del mundo. Ojalá supiera yo, con el mezquino y seco ingenio mío, pintarla y encarecerla en el corto espacio que esta carta me deja».

Con la advertencia que se acaba de hacer, aproximémonos a la escena, donde, en primer plano, asoma la figura heroica y cómica de Don José Delavat, sentado con aires de magistrado a punto de dictar sentencia: «D. José estaba sentado en un como trono, pues aunque era silla, por la gran prosopopeya y gravedad con que D. José la ocupaba, cualquiera la tomaría por trono, y aun de los más autorizados y legítimos».

No faltan al tribunal los asesores. Uno de ellos, el criado gallego, parece investido de función de legitimar, como «tribuno de la plebe», la sentencia condenatoria y de colaborar en el castigo que será infligido a su representado. Otro, el policía que había prendido al fugitivo, sería, al mismo tiempo, testigo de acusación y ejecutor de la sentencia: «A un lado y a otro se parecían el criado gallego, y un *pedestre* (hombre de la policía o esbirro), ambos con sendos bastones en las manos».

A los pies del juez, el acusado, sus intercesores e intercesoras, las «mozas... que andan locas por él», llorosos y contritos, suplican misericordia. En las palabras del epistolario, «delante de D. José, de rodillas, y casi con el rostro contra el suelo en actitud de quien pide perdón, yacían postrados el bardo, cuatro o cinco negros, unos grandes y otros chicos, pero todos feos y asquerosos, una mulata joven y dos

negras sus compañeras. Esta gente, arrepentida y contrita, lloraba, gemía, aullaba y pedía a D. José protección y amnistía general».

El conjunto de esos «intercesores» formaba lo que llamaban «coito», o lo que hoy a veces llamarían *lobby*, con el propósito de evitar que el acusado terminara apaleado y detrás de las rejas. Dice Valera: «Al principio no comprendí yo bien lo que significaba toda aquella barahúnda, pero poco a poco vine a entenderla y supe que la reunión de los afligidos y echados por tierra componía lo que llaman aquí un *coito*, y que el coito entero y verdadero suplicaba a D. José que no los denunciase, porque irían sin falta a la casa de corrección donde les darían unas cuantas docenas de vergajazos diarios».

Se entra así en *crescendo* de cómica solemnidad. A pesar del enfado del patrón (que recurre, en medio a la perplejidad, a expresiones de su desusada lengua materna), el desenlace de la escapada será la reconciliación general: «Estaba D. José amoscado y severo, porque le habían escondido tres días consecutivos a su bardo en el seno del coito, que no estuvo más Jonás en el de la ballena; y sobre este tema y argumento enjaretó un discurso nada breve, en lengua mixta y todo él empedrado de *qué sé yo*, y de *naranjas chinas*, que ya no las soltaba hacía tiempo. Los suplicantes le oyeron silenciosos y compungidos, y como D. José es bondadoso de suyo, acabaron con él que los perdonase y absolviese».

Es un momento magistral de la correspondencia de Valera. Más allá del intrínseco valor literario, esta página abre perspectivas de interpretación sintética de la sociedad del Brasil imperial. Sociedad donde hay un trono «de los más autorizados y legítimos», respetado por un pequeño grupo de trabajadores autónomos (los criados y la policía) y efectivamente sustentado por la masa de trabajo esclavo, la cual, a su vez, recibe un tratamiento más bien paternalista. Con estos elementos, lo que podría presentarse como tragedia acaba convirtiéndose en una escena de opereta. Son rasgos que parecen resumir importantes características de la sociedad imperial brasileña, capaz de soluciones pacíficas de conflictos potencialmente cruentos, pero inclinada a menudo a compromisos y así retrasar cambios en su estructura profunda. Sea como fuere, hay que tomar estas cartas, como anteriormente se decía, con las cautelas de quien lee un texto que no cuenta «por lo general sino burlas».

Podemos, pues, concluir estas notas resaltando una vez más que en Brasil es donde Valera descubre todo su talento como escritor en prosa

y, particularmente, como escritor jovial. Es también en Brasil donde él empieza a desarrollar su visión crítica del mundo de su tiempo. Una visión que presiente cambios políticos y sociales, como los que advendrían del predominio continental norteamericano, de los movimientos de emancipación de la población esclava y de su futuro papel de primer orden en la cultura brasileña. Este magistral epistolario se presenta, por tanto, fundamental para quienes quieran comprender uno de los momentos decisivos de la trayectoria humana y literaria de don Juan Valera.



La casa de Juan Valera en Cabra



Juan Valera con su esposa y sus hijos